

JUAN SAN MARTIN

Ararteko



Cuatro años después

EN una institución naciente, como es el Ararteko, cuatro años pueden parecer un espacio de tiempo insuficiente para esbozar un cierto balance global de su actuación. No quiero, sin embargo, eludirlo, porque entiendo que ha sido éste un período intenso y rico en experiencias. Una etapa altamente positiva, aunque soy consciente de que ha presentado también los claroscuros inevitables.

No podía ser de otra forma. Entre otras razones, porque no me estoy refiriendo sólo a cuatro años de gestión como Ararteko, sino a los primeros cuatro años de una institución que da los primeros pasos y a la que ha habido que poner en marcha, lógicamente, a partir de una ley promulgada con anterioridad. Esto era previsible. Es la situación de todo lo que empieza y, naturalmente, en primer lugar, encontrar un campo de actuación, y, a veces, no sin dificultades, incertidumbres y sin duda equivocaciones, hasta dar con su idóneo estilo de trabajo.

En nuestro caso, y pese a la buena disposición del Parlamento Vasco y de su presidente entonces, Jesús Eguiguren, y ahora Joseba Andoni Leizaola, iniciamos nuestra andadura, con medios precarios, un tanto «de prestado» en los primeros

meses, hasta que pudimos disponer de unos locales provisionales, que se han quedado pequeños para hacer frente a nuestra actividad. Tuvimos, pues, necesidad de hacernos con una infraestructura material y personal de la que carecíamos; dar a conocer socialmente la institución; llevar a cabo nuestras primeras visitas y gestiones; establecer contactos regulares con el Defensor del Pueblo estatal y los equivalentes autonómicos; y, paralelamente, y como cuestión básica, ir elaborando un plan de trabajo y a largo plazo que nos resguardara de la improvisación.

PUESTA A PUNTO.—Por esos motivos, las tareas de organización interna, de una cierta puesta a punto, han consumido una gran parte de nuestra actividad, todo lo anterior, sin dejar de atender las quejas de los ciudadanos. Pero no nos hemos quedado ahí, porque siempre hemos sido conscientes de que esos elementos no son sino la plataforma de una labor que por ley nos corresponde: mediar en los conflictos, tratar de corregir las insuficiencias de los poderes públicos en sus relaciones con los ciudadanos y, en definitiva, defender los derechos humanos allí donde puedan quebrantarse.

Los miles de escritos que se han tramitado a través de la Institución, las quejas atendidas y los informes monográficos elaborados, son expresión de un trabajo que ha alcanzado ya unas magnitudes importantes. No quiero, sin embargo, quedarme en lo meramente cuantitativo, en ese lenguaje de las cifras, de por sí frío, susceptible de manipulación y frecuentemente alejado del análisis ponderado.

Deseo, más bien, referirme a los efectos de largo alcance que la actividad de la Institución ha producido. El principal de ellos, del que me siento más orgulloso, es que, cuatro años después de su puesta en marcha, esta Institución es una realidad consolidada a través del conocimiento y utilización que de ella hacen los ciudadanos. Un servicio público ampliamente asumido como tal por la sociedad vasca. Esto es, a mi juicio, lo verdaderamente trascendente de su trabajo, lo que permanece y lo que, en definitiva, justifica su existencia.

Y que el Ararteko se considere como servicio público reconocido ha sido, desde sus inicios, mi preocupación básica. Al fin y al cabo, las instituciones no tienen otro objetivo, o al menos no deben tenerlo, que el avance del ser humano y la pro-

tección de sus derechos y libertades. En caso contrario, creo que están de más.

Añadiría que, en esta defensa de los derechos ciudadanos, el Ararteko tiene que extremar su preocupación y sus atenciones con los sectores más indefensos de la sociedad, tratando de compensar en lo posible esas desi-

gualdades de origen que están en la base de situaciones conducentes a la marginación. Eso, al menos, es lo que yo pienso. Y, por esa misma razón, el Ararteko ha impulsado de oficio, junto a los informes anuales ordinarios, tres informes extraordinarios monográficos: sobre los calabozos municipales y comisarías de la Ertzaintza, sobre la asistencia psiquiátrica y, el de este año, sobre las residencias de ancianos.

CALIDAD Y ESENCIA.—Informes que proseguremos en años sucesivos, siempre con la idea de analizar esos frecuentes «puntos negros» de la organización social por los que solemos pasar de puntillas. Y con la intención de mejorar permanentemente nuestra calidad de vida.

Porque es, en definitiva, calidad de vida lo que la acción del Ararteko tiene que procurar. Y, en la medida de sus posibilidades, fomento de la participación ciudadana, que, como ya he dicho en más de una ocasión, es un instrumento esencial para el mantenimiento del sistema de libertades y para la solidez y progreso del sistema democrático. En lo que de mí dependa, no cejaré en este empeño, fiel a ese lema de Protágoras que tanto me gusta repetir: «El hombre es la medida de todas las cosas».

CARMEN PINO

Escritora

¡Hagan juego!

ENTRE los múltiples análisis políticos que se vienen haciendo en este período pre-eleitoral, sobre todo a partir de las últimas encuestas consultadas, quisiera aportar uno más, sin otro título que el de ciudadana del Estado español (no consigo aceptar ser súbdita) en plena posesión de mis derechos civiles.

Parece que esta vez va en serio la subida más que notable, si bien aún no sobresaliente, de la única esperanza de izquierda que queda (por el momento). Por supuesto, pienso en IU, y englobo en ella a toda la izquierda que pudiera unirse, si no a la militancia al menos al voto que ya es una forma de militar.

CUIDADOS INTENSIVOS.—Tampoco parece ir en broma el descalabro del autodenominado partido socialista y obrero que gobierna (más bien manda) en este sufrido país. Aunque este descalabro no sea suficiente para retirar el descalabrado por invalidez absoluta, sí está claro que va a necesitar buenos enfermeros para atender

al maltrecho estado de casi toda su anatomía: trasplante de córnea para evitar una ceguera demostrada, destapamiento de oídos, prótesis suficientes que apuntalen su desventajada figura, y sobre todo asistencia psiquiátrica, a ver si de una vez dejamos de padecer toda la esquizofrenia, la patición en ser y no ser, estar y no estar, ofender y perdonar a que el PSOE nos tiene sometidos.

Y visto lo que hay, y lamentando lo que no hay, sólo contamos con dos equipos de enfermería: los nacionalistas del PNV y de CiU y la izquierda que debería estar unida.

La opción PSOE y nacionalistas se viene haciendo ya en Euzkadi durante dos legislaturas y siempre me ha parecido más un *menage-à-deux* que una *pas-à-deux*. Me explico: una cosa es emparejarse porque se está de acuerdo, al menos en lo sustancial y otra intentar ponerse de acuerdo con vistas al emparejamiento de conveniencia.

Por otra parte, tampoco me parece imposible que uno y otro

nacionalismo, el catalán y el vasco, hicieran ascos a un triángulo también de conveniencia con la derecha, si las urras les proporcionasen la oportunidad: parece claro que si llegado el momento los dos «gigantes» quedaran en tablas, los nacionalistas apostarían por la baza que les diera más posibilidades cuando la ruleta pare y la bolita se quede en rojo o en negro, en par o en impar.

LA MARCA.—Siguiendo con el similar, yo apuesto como baza más probable a la del PSOE como «mano» para pedir juego, entre otras razones porque tiene todos los medios para dirigir su mensaje a esos tres millones de indecisos, que van desde el «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», hasta el «luego vendrá quien bueno me hará». Es decir, desde el conformismo hasta el miedo; y el mensaje irá, sin duda, cargado de la mejor dinamita.

Por estas cosas que digo y las que paso en silencio... yo personalmente me apuntaría a

V

isto lo que hay, y lamentando lo que no hay, sólo contamos con dos equipos de enfermería: el PNV y CiU, y la izquierda, que debería estar unida

una jugada inédita: un pacto de legislatura entre la (presunta) minoría mayoritaria y la mayoría minoritaria (presumible) que, trabalengas aparte, podrá aportar un «cachet» nuevo, fresco, esperanzados a este montón de basura sobre el que nos han asentado.

Me he referido a un pacto de legislatura porque es eso exactamente lo que yo propondría a IU, renunciando heroicamente a compartir carteras, poltronas y prebendas. Sé que es hasta un poco masoquista estar a dos dedos de tocar siquiera un poquito de poder y cruzar las manos para no tocarlo. Pero también es posible que con las manos cruzadas, pero los ojos bien abiertos, y las conciencias sin abtargar se pueda conseguir matar, al menos, dos pájaros de un tiro: no mancharse esa noble parte de la anatomía hecha para tenderse a los demás y también, y ésto es puro egoísmo, dejar que se quemen otros si no son capaces de hacer caso cuando se les advierte que es peligroso jugar con fuego.